

Mayor general Salomé Hernández

René González Barrios

PRESIDENTE DEL INSTITUTO DE HISTORIA DE CUBA



El 31 de diciembre de 1871, en el campamento del presidente de la República de Cuba en Armas, Carlos Manuel de Céspedes, se respiraba un espíritu de optimismo. Había sido un año de muy duro batallar, especialmente para las fuerzas de Las Villas y, a la vez, un año de consolidación para el Ejército Libertador. La expedición de Vanguardia Venezolana había dado un solidario aliento que fortalecía en los libertadores las esperanzas de una pronta ayuda y la fe en la victoria. Pero la contagiosa alegría de aquellos guerreros quedó eclipsada el 1 de enero de 1872, cuando un correo trajo al campamento la noticia de la muerte del mayor general Salomé Hernández Hernández. Tal fue la aflicción, que ese día Céspedes, consternado, escribió:

Todo el campamento estuvo muy alegre y animado desde que rompió el alba, sin embargo de que acibaró el contento gral la noticia que se recibió aquel día de haber fallecido de calenturas el G. Salomé Hernández, sujeto muy apreciable y que hará gran falta en las Villas, a cuya fuerza pertenece la que está ahora escoltando al Gobierno.

Dos días después, nuevamente refería el Padre de la Patria en otra misiva a su esposa el significado de aquella sensible pérdida: “Los Grales. A. Cava da y Salomé Hernández han fallecido de calenturas. Mucho los siento a todos”.

La consternación era lógica, pues el patriota venezolano, uno de los principales jefes del levantamiento en el centro de la isla, en marcha forzada había atravesado con las fuerzas villareñas la provincia de Camagüey para entrevistarse con el presidente, pertrecharse con parte de los recursos arribados en el *Virginus*, y regresar al Centro para continuar la lucha. Además, se trataba de uno de los jefes más querido y admirado por la tropa, del que solo recoge la historia testimonio de frases elogiosas a su persona.

El coronel Ramón Roa lo recordaba como “hombre serio, de valor estoico”; José Antonio Martínez Fortún, cronista villareño, como “educado y valeroso”; y el coronel del ejército español Francisco Camps y Feliú como hombre “de finos modales”. Un informe confidencial del Ejército Libertador de fines de 1871, donde caracterizaban a algunos de sus principales

jefes, lo definía como “buen patriota, buen militar, poca instrucción, aunque bastante talento natural, valiente, sereno, activo y muy honrado”.

Nació Salomé en Calabozo, estado de Guárico, el 8 de julio de 1841. A los 19 años de edad contrajo matrimonio en Venezuela con la joven Camila Ramos Fusté, nieta de un próspero hacendado español que había servido en el ejército de Costa Firme como teniente de caballería, y que en su primer matrimonio en Venezuela, había tenido tres hijos, una de ellas Rita, la madre de Camila. Fusté, viudo, se trasladó a Cuba donde vuelve a contraer matrimonio y se establece en el poblado de Remedios, donde fue regidor y alcalde, y sus hijos, dueños del próspero ingenio Dos Hermanos, al oeste del poblado de Vueltas, no lejos de Camajuaní.

Con Camila, Salomé pasó a Cuba por vez primera en viaje de bodas, y con ella tiene una hija a la que nombraron María. Dos años después del nacimiento de la pequeña, muere su esposa. Encarga entonces la custodia de su hija a su familia en Venezuela y viaja nuevamente a Cuba, esta vez en busca de solvencia económica. Allí labora como un modesto empleado del ingenio Dos Hermanos. El historiador español Antonio Pirala refiere que “había servido en los ejércitos de las repúblicas americanas”, lo que pudo ocurrir antes de su traslado a la isla.

Fue Salomé Hernández de los primeros en levantarse en armas contra España en la región central de Cuba el 6 de febrero de 1869, siendo nombrado jefe de las fuerzas espirituanas. Un día después, en reunión de los principales jefes de la provincia, bajo el amparo de la bandera de la estrella solitaria, Salomé es de los más apa-

sionados defensores de la liberación de los esclavos. En marzo lo designan al mando de las tropas de Villa Clara, conservando el de una parte de las anteriores. Una vez organizadas y cohesionadas las fuerzas, Hernández opera con gran intensidad y dotes de audaz guerrillero.

El 10 de marzo de 1869 ataca y ocupa el caserío de Camajuaní y, en un gesto de caballerosidad que pocas veces ofrecieran en la guerra sus adversarios, puso en libertad a todos los prisioneros. En julio saquea e incendia el caserío de Arroyo Blanco ocupando 70 armas de fuego. El 3 de septiembre ataca y ocupa el ingenio Santa Rosa, donde obtiene algunas armas y una pieza de artillería. El 10 combate en Jobosí; el 14, en Meneses; y el 24, en Bacanal, donde tienen los españoles alrededor de 100 bajas. El 11 de septiembre ocupó el poblado de Taguayabón, que mantuvo en su poder hasta el 25, a pesar de los intentos españoles por recuperarlo. El 27 de octubre, en una muestra de actitud consecuente con los objetivos de la lucha, al frente de sus fuerzas ataca y ocupa el ingenio Dos Hermanos, de la familia de su difunta esposa, y arrendando a su dotación, que ya conocía, la incorpora íntegra a sus filas. El 24 de noviembre une sus fuerzas a las del general gallego Francisco Villamil, y combaten en Loma de Suazo a la columna del coronel Fortún. En diciembre, combatiendo en El Estero, cierra brillantemente su campaña del 69.

Comienza enero de 1870 defendiendo encarnizadamente su campamento en Cambao y Santa Rosa, de la embestida de la columna española del coronel Fortún que, tras la reñida acción, regresó a Remedios sin lograr

desalojarlo de sus posiciones. El 12 de abril se bate nuevamente con el coronel Fortún en Laguna de Enmedio, y el 20 sostienen un nuevo combate en Pedro Barba. En mayo sus fuerzas atacan el ingenio Altamira y queman todos sus cañaverales.

La noticia de que el general venezolano padecía de tuberculosis en primer grado se extiende desde octubre de 1870. De ello se hizo eco la prensa revolucionaria en los Estados Unidos y los periódicos locales en la isla. No obstante, el incansable patriota continuó operando con el mismo tesón y actividad que siempre le caracterizaron.

En julio de 1871, ya en Camagüey, en camino hacia la presidencia de la República, el campamento del general Francisco Villamil en Hato Potrero, Trinidad de Olano, fue atacado por el tozudo coronel español Marcelino García Obregón, quien personalmente le hiere de un balazo en la ingle. De inmediato Salomé asume el mando de todas las fuerzas de Las Villas y continúa el camino al encuentro de Céspedes. En total, eran alrededor de 1 500 efectivos, que en las más precarias condiciones, “descalzos, desnudos y a tres cartuchos por plaza” marchaban resueltos a la búsqueda de medios con que hacer la guerra. Llevaban empujándolos una bien pertrechada columna española de cerca de 700 hombres, que no les daba oportunidad de descanso.

A la altura de Puerto Príncipe, con la caballería y al arma blanca, apoyados por el mayor general dominicano Modesto Díaz, que con “cincuenta fieras” había venido a su encuentro, atacan la poderosa columna española que, impresionada por el brío de los

cubanos, cambia su rumbo y se dirige a la ciudad. Céspedes, en carta al presidente de la Junta Revolucionaria de La Habana, comentaba sobre esa acción: “Hernández en Cubitas causó más de 30 bajas a los españoles”.

Es por esta época que se difunde precisamente en Camagüey, al paso de las tropas villareñas, las cartas apócrifas en que supuestamente el mayor general Federico Fernández Cavada convidaba a sus compañeros a la rendición.

Ya en territorio oriental, el intrépido Salomé une sus villareños con las fuerzas del brigadier Luis Figueredo y, en la noche del 29 de septiembre, atacan y toman parcialmente el poblado de Yara, donde un pequeño reducto de españoles no se rindió. Allí capturan una bandera española que después enviarían a los clubes revolucionarios en los Estados Unidos como trofeo de guerra.



Salomé Hernández Villegas

A la llegada de los villareños al campamento de Céspedes, en la jurisdicción de Holguín, de los pertrechos del *Virginius* ya muy poco quedaba. Las fuerzas orientales, también necesitadas de ellos, se habían repartido las armas. El presidente, después de activas gestiones, logró que entre los generales Máximo Gómez, Calixto y Vicente García, cedieran treinta arrobas de pólvora para sus compañeros de armas, que fue todo lo que llevaron de regreso.

A la muerte del general Salomé Hernández, Céspedes tomó una decisión estratégica, más bien emotiva, nombrando al general venezolano Manuel María Garrido Páez como sustituto de aquel. Pero no resultó. El nuevo jefe no conocía al país y sus habitantes como Salomé, ni estaba preparado aún para el tipo de guerra que se desarrollaba en la isla ni para mandar a tropa tan fogueada en el duro bregar de la contienda.

Los Hernández en Calabozo habían quedado prendados del honor que significaba tener entre los suyos a héroe tan distinguido. Francisco de Paula, hermano menor del general, estudiaba en un seminario cuando a los 15 años quiso enrolarse en la expedición de Vanguardia Venezolana. La familia lo secuestró hasta que supo y confirmó la salida de esta. Años más tarde, durante la gesta del 95, aquel impetuoso joven y el resto de sus hermanos, fundaban en su ciudad natal uno de los más importantes clubes patrióticos de apoyo a la revolución cubana.

En abril de 1931, las dos nietas del general viajaron a Cuba desde Venezuela, en busca de los restos del patriota. María, aquella niña huérfana

que a los dos años viera por última vez a su padre, antes de morir, las había llevado a Tierra Santa en una peregrinación religiosa, haciéndoles prometer, en aquel importante sitio de la leyenda cristiana, que buscarían los humildes despojos.

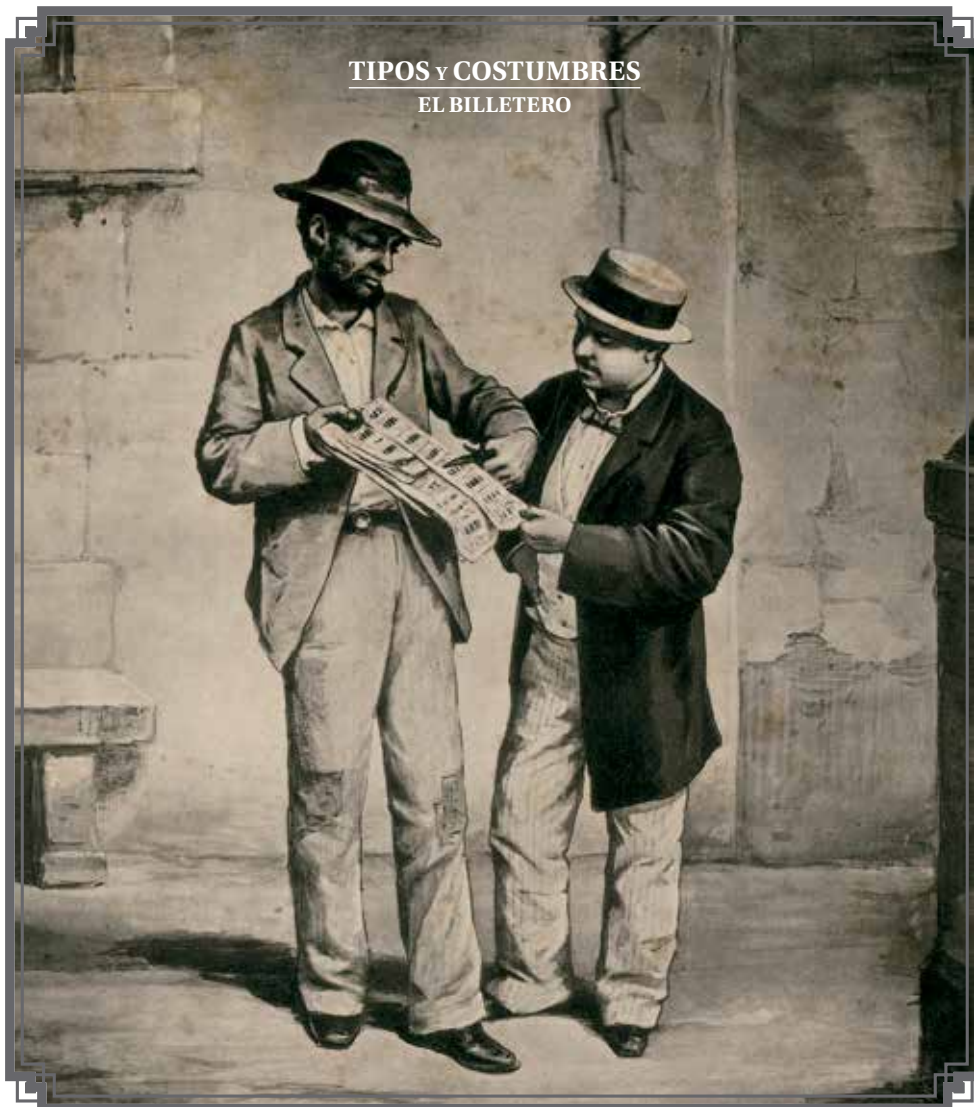
Dos meses estuvieron en Cuba, Camila y Josefina, que así se llamaban las jóvenes, contactando con veteranos villareños en busca de información, pero fue en vano. De la última morada del general habían varias versiones, ninguna vinculada a Las Villas, pues fue en Oriente donde le sorprendió la muerte. El coronel español Francisco Camps y Feliú, equivocándose en el año del deceso, afirmaba que murió de fiebres perniciosas en Barrancas, costa del Cauto, en octubre de 1872; versión que repitió, idéntica, el historiador Benigno Souza. Mayores detalles ofreció el teniente coronel Francisco Arredondo y Miranda, contemporáneo del general en la Guerra Grande y años después, en septiembre de 1896, representante oficial del Partido Revolucionario Cubano en Caracas. Refería que el general falleció en diciembre de 1871 de fiebres, en la jurisdicción de Santiago de Cuba, y que “fue sepultado su cadáver en el ingenio Santa Ana, entre el cafetal Nueva Adelaida, en una ceja de monte que separan las dos fincas.” Arredondo añadía que “era un bravo Jefe – tenía conocimientos militares, buena educación, instrucción y esmerada cultura”.

El cadáver de Salomé Hernández no apareció. No obstante, sus nietas quedaron impresionadas por el recuerdo que el abuelo había dejado entre los cubanos. Antes de partir de regreso a Caracas, desde una ventana del Gran

Hotel de La Habana, declaraban a un periodista del diario *El País*:

¡Que hermosa es la tierra cubana! Nuestro abuelo tuvo un romántico entusiasmo por este país que vio

por primera vez en su viaje de bodas; y lo admiró y quiso tanto, que al quedar viudo —solo dos años duró el idilio— regresó a Cuba, para ofrendarle su vida en la manigua insurrecta.



TIPOS Y COSTUMBRES
EL CALESERO

ALMACEN DE VIVERES

